



(Dibujo: Paul Marcy, 1869, “Voyage à travers l’Amérique du Sud, de l’Océan Pacifique à l’Océan Atlantique, p. 193)

MORIR EN EL PARAISO*

Luis Román

Luis ROMAN VILLANUEVA, antropólogo peruano, es experto en el área de planificación regional, manejo ambiental y participación de grupos indígenas en la identificación y planificación de proyectos para el desarrollo; tiene también amplia experiencia en temas relacionados con el desarrollo socioeconómico, incluyendo empresas de pequeña escala, y en el área de mujer y desarrollo. Actualmente se desempeña como experto en desarrollo rural y medio ambiente de la Cooperación Técnica Internacional.

PREFACIO

Este cuento breve tiene su origen en las experiencias del autor entre los indígenas Piro de la Amazonía sur del Perú. En su trabajo de campo de cuatro años analizó las dos visiones en conflicto durante el periodo de los primeros contactos.

Paradójicamente, tanto en los primeros años de la conquista como en la actualidad, la incompreensión del "otro" provocó y provoca aún la desconfianza y con ello temor y agresión.

El mundo occidental ha intentado imponer su cosmovisión entre los grupos indígenas pero adecuándola al nuevo contexto. Los grupos

* Cuento inédito.

indígenas han reaccionado, a su vez, adaptando esta ideología foránea a su propia visión, dando origen al mestizaje.

Occidente trajo la Biblia como instrumento de conversión, y con ello de humanización de América. Los amerindios de la floresta tropical a su vez tenían la ayahuasca como elemento "puente" entre el mundo real y el mundo espiritual. Ambos son medios para perfeccionar el espíritu, ambos continúan vigentes hasta hoy.

El cuento pretende recrear los intentos de conversión de ambos lados de la conquista y expresar el conflicto que aún permanece insoluble.

***A Elvira,
aquí en la tierra***

El fraile Buenaventura miró sus tobillos lacerados, a través de la luz blanca de ese sol que ya había empezado a conocer. Moisés y Timoteo dormían, semicubiertos por hojas, al pie de un árbol de enormes aletas. El fraile observó la libertad de sus cuerpos en reposo y dudó de la impiedad de sus desnudeces. Lavó sus pies con agua fría, retirando las costras de sangre a insectos, limpió las heridas y las vendó con un paño limpio. Levantó la vista y la eternidad se le hizo árboles. El cielo profundo, el sol crecido, la humedad agobiante y la vida bullendo bajo sus pies. "De fango somos", pensó y esa idea se convirtió en certeza.

Nunca creyó cabalmente las historias que relataban los azarosos viajes de los Santos Brandán y Maló quienes, en los albores de la especie, partieran en busca del Paraíso perdido. La idea, sin embargo, había germinado en su alma, obligándolo secretamente a continuar esta tarea.

Después de navegar estos ríos sin proporción, atravesando vastedades animales y vegetales comprendía hoy, en los dos indios dormidos, que el paraíso continuaría perdido por mucho tiempo más, para desgracia de la cristiandad.

Sonrió al recordar que sólo su perseverancia había logrado que los arcaicos Tlitli y Pinata se convirtieran en Timoteo y Moisés y, además, que accedieran llevarlo hasta los confines de la obra divina, hundiéndolo en los misterios de la creación, para olfatear ese barro inicial, hollar la vida misma, asir su energía, cabalgar ríos sin origen ni destino, compartiendo el aliento con esos dos humanos de tan dudosa humanidad.

Miró a su alrededor y sintió que sucumbía a la magnitud de su entorno. Oyó crujir la tierra en el fragor de combates infinitos y pensó: "Cualquier hazaña del hombre palidece ante esta eclosión de vidas y languideces de muerte".

Respiró profundamente, abrió el libro de Dios y leyó en los Salmos: "Cercáronme dolores de muerte". Levantó la vista hacia el libro de la Naturaleza, ordenó sus ideas, sus alforjas y recogió su báculo, llamando: "Timoteo, Moisés, despierten!...que hoy la tierra está más ancha y el tiempo más impaciente".

Atravesaron el monte tupido, golpeando sus cuerpos y fatigando sus espíritus. Remontaron ríos y treparon colinas de fuego líquido, hasta disolver sus conciencias. En el camino dejaron las penas y las fuerzas, recogiendo sudores trémulos.

Buenaventura pasó la lengua sobre sus labios agrietados y secos, abrió los párpados lentamente y atrapó la noche. La luna coronaba la bóveda celeste, expectante y eterna...

Giró la cabeza con dificultad y vio a Tlitli mezclando con fruición, sobre las brasas, el contenido de una vasija de barro. Lo escuchó cantar quedamente canciones de grillo y soledad. Tenía la mirada forjada de relatos volcánicos a incólumes. Recogió en un pocillo el líquido grueso y se lo acercó diciendo: "Hasta aquí me llevas tú".

Buenaventura continuaba aún con los ojos cerrados. La cabeza le daba vueltas, mientras a su alrededor crecía el tumulto de ruidos y letanías a media voz. Sintió una bocanada de humo caliente sobre su

tonsura, abrió los ojos y vio a Timoteo, convertido en Tlitli, encendido en mil colores, que lo miraba fijamente con lúcida serenidad. Se sintió niño y deseó cobijarse bajo la sombra de este hombre-árbol.

Paseó la vista a su alrededor y sintió que el espacio en el que se encontraba cabía en la cuenca de su mano. El cielo sólido y sin nubes era una semi-esfera que, hacia un lado, contenía estrellas salpicadas y, de otro, un chorro de luces. Preguntó, sin preguntar, de dónde venían estos cielos que sus mapas no registraban. Tlitli respondió, condescendiente, que eran los restos de una gran batalla entre dos amantes, quienes se habían seguido por toda la tierra para amarse, tratando de escapar a la restricción de sus familias. Al ver que su esfuerzo no se concretaría en esta tierra, saltaron a los cielos, buscando el consentimiento del sol. Alumbrados por antorchas, peregrinaban la cúpula de piedra dejando señales de luz para no perderse. Sin embargo, el sol tampoco atendió a sus súplicas, quedando condenados a seguirse, uno a otro, sin encontrarse, hasta que el tiempo se complete. En las noches oscuras se puede ver claramente, por el río de estrellas que atraviesa la bóveda, su tránsito errático y ciego. Las llaman ahora estrellas fugaces.

Un mareo líquido hizo que regresara a los ojos de Tlitli, que de inmediato comprendió que la soga de la muerte se le enredaba en el espíritu. Mientras éste preparaba otra porción del brebaje, Buenaventura sentía que el bosque lo miraba con inquietudes de fiera. Tlitli le ofreció un Ayahuasca espeso, sanguíneo y amargo. Buenaventura bebió con ansiedad y los cielos retomaron su lugar. Entre un torbellino de luces, vio aparecer una canoa tirada por gallinazos negros, chamuscados por el fuego del personaje que iba dentro. Tenía un manto de plumas doradas, salpicadas de verde y naranja como las aves de estos reinos. Iba lento, sin apuro, sabiendo que el tiempo es suyo. Al pasar a su lado volteó a mirarlo y en su mirada vio a Tlitli, que le sonreía con amor.

El amanecer lo encontró languideciendo, bajo un sol tibio y liviano. Sentía que el viento atravesaba sus carnes y sus pies hesitaban al contacto con el piso.



(Dibujo: Paul Marcoy, 1869, “Voyage à travers l’Amérique du Sud, de l’Océan Pacifique à l’Océan Atlantique, p. 167)



(Dibujo: Paul Marcoy, 1869, “Voyage à travers l’Amérique du Sud, de l’Océan Pacifique à l’Océan Atlantique)

Se acercó Tlitli, convertido nuevamente en Timoteo y le susurró, todavía lejos, al oído:

"Nadie nos ve, somos el aire".

"Me duele la luz", respondió Buenaventura.

"Cúbrete los ojos y acompáñame al bosque. Vamos a cazar ahora, porque sólo en espíritu sorprenderemos a los espíritus animales".

El sol se le diluyó en la pupila, desintegrándose en pulsiones de color. Había un gozo cierto en caminar por esas trochas protegidas del sol lacerante, con olor a barro tibio, acechando y acechando. Los colores se vuelven tenues y entre las brumas va componiéndose la arquitectura de la floresta. Los troncos se manchan de hongos, las copas de los árboles se repueblan de aves que van al encuentro de sus cantos desfasados y, de cuando en cuando, en los vacíos de la maleza, se distingue el río. Perseguir un animal requiere la sabiduría del mundo y un poco más. Los pies no deben tocar el suelo, y mucho menos hacer ruido. El olfato time que distinguir entre la fragancia de las flores, la putrefacción de los detritus del suelo, el vapor del agua de los charcos y el olor agrio y penetrante de la presa, si ésta es mamífero, o calcárea y seca, si es ave.

La vista se aguzará hasta encontrar a través de los infinitos colores que clasificamos ociosamente en verde, aquéllos otros que pudieran ser o significar rastros o evidencias de animal.

Finalmente, el oído y la imaginación intuitiva permitirán extraer de entre el desorden auditivo, la forma y el trayecto del animal buscado. Aunque en realidad, sólo el bosque nos dirá, en definitiva, si éste es viento, hojas, alimaña, contracciones de las cortezas y ramas, ilusiones voluntariosas o nutriente aún cálida, fétida y esquiva.

El animal miró el círculo de hombres que lo rodeaban. Los hombres oyeron suspirar al animal, olieron su sangre aún caliente, sintieron su abandono y, entre contracciones, lo vieron morir.

Aún quedaban flotando sentimientos de muerte cuando Buenaventura, abriendo los brazos y alzando la vista al cielo limpio, exclamó: "Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo...". Volvió a mirar al grupo silencioso e intrigado que lo observaba y sentenció:

"Del polvo venimos y al polvo retornaremos". La gente le contestó que eso ya lo sabía. "La vida continúa después de la muerte", insistió. La gente le replicó que aquello, también lo sabía. "El amor mueve montañas", gritó. La gente lo miró con ternura. Agitando los brazos clamó: "Dios nos ama y por nosotros dio su vida".

Una brizna de polvo rozó su nariz, haciendo que su faz se contrajera, al tiempo de prorrumpir un contundente estornudo. La multitud frunció el ceño y ensombreció la mirada.

Tlitli y Pinata tomaron sus arcos con desilusión pero con firmeza, se acercaron al fraile, besaron amorosamente sus manos y, marcando distancias, dispararon certeros su flecha.

Buenaventura quedó tendido, los ojos fijos y las manos crispadas, musitando la plegaria del agonizante. La gente se retiró despacio, volteando para mirarlo con ternura infinita. Tlitli abrazó a Pinata y con voz quebrada por el llanto le dijo: "Quema todo y vamos pronto, que el demonio de la gripe ronda la aldea"